

Jehová no mira lo que mira el hombre

"Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Sam. 16:7, RV 1960).

"Pero el SEÑOR dijo a Samuel: No mires a su apariencia, ni a lo alto de su estatura, porque lo he desechado; pues Dios ve no como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el SEÑOR mira el corazón" (1 Sam. 16:7, LBLA).

Jehová Dios había desechado a Saúl como rey sobre Israel. Saúl no había sido fiel a las condiciones de su elección por Dios (1 Sam. 9:15, 16, 17; 10:1, 24, 25). Aquí aprendemos que ser "elegido" no significa ser "salvo" incondicionalmente. La *elección* de Dios es siempre condicional (1 Ped. 2:9). Es responsabilidad de los "elegidos" cumplir con el propósito de su "elección".

La Biblia no dice nada de alguna *elección y reprobación incondicional*. Así como un elegido se esforzará por ser fiel a la elección, otro no lo será. Así como algunos deciden entrar en el camino a la salvación por las condiciones del evangelio, otros deciden llenar todas las condiciones del *carácter desaprobado* por Dios, cuyo destino no es el cielo. Estos últimos deciden ser impersuasibles (1 Ped. 2:8).

Saúl fue rebelde al entrometerse en el sacerdocio (1 Sam. 13:8-15), locamente había actuado al no guardar el mandamiento de Jehová (v.13) y Dios buscó como rey sobre su pueblo a *un varón conforme a su corazón*, quien no sería príncipe sobre su pueblo Israel (v. 14). Este varón fue David (Hech. 13:22). A pesar de lo anterior, cuando aún reinaba sobre Israel, Saúl nuevamente se rebeló contra la palabra del Señor al perdonar a Agag rey de Amalec y a lo mejor del ganado de los amalecitas (1 Sam. 15:1-33) y nuevamente fue pronunciada la sentencia por boca de Samuel (v. 22-23).

Así como ayer, también hoy, Dios se complace en que se obedezcan sus mandamientos (1 Sam. 15:22). Aún cuando la *apariciencia* nos presente razones para seguir nuestros propios procedimientos, recordemos que la desobediencia es abominación delante de Dios.

Saúl, el rey rebelde y obstinado fue desechado, y Samuel lo lloraba hasta que recibió las nuevas instrucciones de Dios (1 Sam. 16:1).

Samuel fue enviado a Isaí, de Belén (1 Sam. 16:1) y se vio impresionado por la apariencia y la estatura de Eliab (1 Sam. 16:6-7) quien era el primogénito de Isaí (1 Cron. 2:13), esta reacción de Samuel fue similar a la manifestada por el *parecer* de Saúl, anteriormente (1 Sam. 10:23-24).

Sin importar las *apariciencias*, de todos los hijos de Isaí, Dios escogió a David por rey sobre Israel (1 Sam. 16:6-13).

Podemos aprender mucho sobre lo que Dios respondió a Samuel cuando éste reaccionó impresionado por la *apariciencia* de Eliab.

No miremos la apariencia, sino lo que aprueba Dios

"Y Jehová respondió a Samuel: *No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón*" (1 Sam. 16:7)

Si hay algo que todos los hombres compartimos, es la impresión por lo que se muestra *hermoso* y *grande* a nuestros ojos. Si el gran Samuel tuvo que ser corregido en esto ¡No está de más que nosotros tomemos esta amonestación!

No debemos juzgar basándonos en nuestros propios criterios, por lo que parece aceptable a nuestros ojos, sino que debemos juzgar en base a lo que *aprueba* o *desaprueba* Dios. He ahí la diferencia entre la religión objetiva (la verdad) y la subjetiva (la mentira, basada en preferencias).

Es Dios quien establece lo que es correcto o incorrecto. El hombre puede diferenciar entre el bien y el mal y elegir entre los dos, pero debemos recordar que no *tenemos la capacidad* de establecer lo que es correcto o incorrecto. La verdad está fuera del hombre, no dentro de él. Esta verdad nos ha sido revelada en las Escrituras (2 Tim. 3:16-17).

Considerando lo anterior, hemos de aprender a no movernos por lo que *sentimos*, sino por lo que *sabemos* de la voluntad de Dios, y él nos manda a informarnos de cual es su voluntad (Ef. 5:17; 3:4). ¡La ignorancia no es excusa!

Dios no aprueba lo que el hombre aprueba. Así como Samuel se vio impresionado por la *apariciencia* y la *estatura* de Saúl y Eliab, muchos nos podemos dejar llevar por la apariencia de las llamadas "grandes" cosas que parecen tan *hermosas* y *buenas* al criterio general a pesar de que estas cosas son desechadas por Dios.

Por ejemplo, podemos fijarnos en la impresión que causa en algunos la aparente "gran obra" de la Centralización y el Institucionalismo, y esto sin considerar que tales cosas sean desaprobadas por el *patrón* de Cristo para su iglesia (2 Tim. 1:13).

No hay texto alguno que *autorice* la existencia de una iglesia (patrocinadora) que recaude el dinero de decenas, cientos o miles de otras iglesias para luego hacer una obra por todas las demás.

Al leer el libro de los Hechos, jamás vemos escuelas, universidades u orfanatos de la "Iglesia de Cristo".

El patrón novotestamentario nos restringe para mirar la *iglesia local* como la *organización colectiva más grande* autorizada por Dios para hacer la obra encomendada por él. La iglesia local no puede entregar su trabajo a instituciones seculares humanas o rendir su autonomía a la presión de alguna otra iglesia o grupo de líderes, como sucede en las diversas denominaciones modernas. Tales cosas son desconocidas en el Nuevo Testamento, inadecuadas en sí y desaprobadas por Dios, así como Dios desaprobó a Saúl en su rebelión.

Así como "*las apariencias engañan*" y "*no todo lo que brilla es oro*", la Centralización y el Institucionalismo presenta una *apariciencia* seductora por las "grandes" obras de la iglesia activada antibíblicamente (en su sentido universal) para funcionar colectivamente de manera universal.

¿Qué hacer entonces? Recordemos no mirar la *apariciencia* de la maquinaria de los hermanos liberales ni lo grande que *parecen* sus obras, fijémonos en que Dios *desecha* la libertad que se han tomado para violar el patrón que Cristo dio su iglesia.

No siempre lo grande, popular, hermoso y aceptable es aprobado por Dios. La Biblia y la experiencia nos demuestra que la mayoría de las veces, tales cosas son pecaminosas, aunque aparentan proporcionar un bienestar a los hombres.

Consideraciones adicionales:

1. Al mirar la hermosura y magnificencia del templo un discípulo dijo a Cristo: *"Maestro, mira qué piedras, y qué edificios"* él Señor le respondió *"No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada"* (Mar. 13:1-2).

Algún hermano liberal podría decir *"miren nuestras universidades, colegios y orfanatos"* Pero, ¿Es esto lo que mandó Cristo para su iglesia? ¿Podrán tales cosas impresionar al Señor?

Cristo estableció su iglesia (Mat. 16:18) y la ganó por su propia sangre (Hech. 20:28). No podemos cambiar la organización de la posesión más valiosa de Cristo, y luego querer ser aprobados por él.

2. Los enemigos de Pablo decían de él: *"Porque a la verdad, dicen, las cartas son duras y fuertes; mas la presencia corporal débil, y la palabra menospreciable"* (2 Cor. 10:10).

Estos falsos maestros (judaizantes) no tenían argumentos, no podían citar la Escritura para desaprobar a Pablo, por lo tanto usaban del desprecio cruel para anular la buena influencia del apóstol.

Esta táctica carnal sigue siendo efectivamente poderosa entre quienes no entienden que Dios no mira el parecer, el poder de Dios se *"perfecciona en la debilidad"* (2 Cor. 12:9).

3. El sistema denominacional y las innovaciones en la iglesia del Señor son totalmente inadecuados. Cristo no se equivocó en la organización que dio a su iglesia. Cristo no es inepto. Él sabe lo que hace, y cuando lo hace, lo hace bien.

El Señor condenó la enorme masa de tradiciones religiosas del sectarismo de los judíos (Mat. 15:6). Él dijo que tales tradiciones quitaban el real valor de la palabra de Dios y hacían de la adoración una cuestión vana al enseñar como doctrinas *"mandamientos de hombres"* (Mat. 15:7-9). Luego afirmó: *"Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejados; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo"* (Mat. 15:13-14).

Cristo plantó una iglesia y la organizó de manera adecuada para hacer su obra. Toda institución religiosa ajena será desarraigada porque *"Si Jehová no edificare la casa, En vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, En vano vela la guardia"* (Sal. 127:1).

4. Son varias las cosas que parecen ser muy hermosas, atractivas y grandes. A veces, estas cosas podrían ser una ventaja para la gloria de Dios o un tropiezo para muchos. Por ejemplo, la preparación académica, los *contactos* con predicadores e iglesias norteamericanas, la cantidad de salario recibido o la influencia en un sector de la hermandad. Tales cosas, utilizadas en temor de Dios y dominio propio, suelen ser provechosas, pero no son un fin en sí mismas y será necesario cuidarse de la soberbia y la arrogancia.

Dios no mira lo que mira el hombre

"Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Sam. 16:7)

Por Josué Hernández
www.JosueEvangelista.com

Esta es una lección básica, y tal vez una de las más difíciles de aprender. La gente en general está cada vez más subjetiva mirando el parecer de las cosas y juzgando por su criterio y estándar.

Dios dijo: *"mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos... Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos"* (Is. 55:8-9).

La sabiduría del hombre, sin la revelación de Dios, es "terrenal, animal, diabólica" (Sant. 3:17), tal sabiduría no puede equipararse con la sabiduría de Dios.

Al ver la arrogancia de los judíos, Cristo les dijo: *"Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación"* (Luc. 16:15). Estos líderes religiosos se erigieron así mismos como sus propios jueces, sus determinaciones, actitudes y carácter, eran totalmente aprobados por ellos mismos, como dice Wayne Partain *"¡A qué criminal no le gustaría remover el verdadero juez para poder juzgarse a sí mismo!"*. Estos enemigos de la verdad, tenían la misma actitud hacia sí mismos, como la tuvieron los enemigos del apóstol Pablo (2 Cor. 10:12).

Lo que el hombre ajeno a la verdad de Dios, mira como *sublime*, para Dios siempre será una *abominación*. Las verdades de ayer, siguen siendo verdades hoy en día.

A través de la historia y siguiendo las *apariencias*, el hombre ha hecho acepción de personas. El mismo apóstol Pedro tuvo que corregirse de esto (Hech. 10:34). Luego escribió: *"Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación"* (1 Ped. 1:17).

Es una pena, que aún entre hermanos, haya división por la situación social de cada cual. Al actuar en base a las distinciones sociales que nosotros mismos hemos establecido, Dios nos señala como *"jueces con malos pensamientos"* (Sant. 2:4).

Timoteo fue amonestado por Pablo para vencer el prejuicio *"no haciendo nada con parcialidad"* (1 Tim. 5:21). Cristo dijo: *"No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio"* (Jn. 7:24). La misma regla que aplicamos a otros nos será aplicada por Dios en el día final (Mat. 7:1-2), tengamos cuidado.

Dios mira el corazón y sus intenciones

"Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Sam. 16:7)

Dios mira el corazón (Hech. 1:24). Y según el propio corazón de la persona, Dios le aprueba o desecha. El hombre está limitado en todo esto, no puede conocer las intenciones del corazón:

"Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres)" (1 Rey. 8:39)

"Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras" (Jer. 17:10)

"Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras" (Apoc. 2:23)

El hecho de que Dios mira los corazones puede ser malentendido. Hay quienes piensan que esto les excusa para seguir en su pecado. Como *"Dios mira los corazones"* y ellos dicen tener *"buenas intenciones"*, nadie debería atreverse a señalar su mal proceder. Por supuesto, la conclusión de ellos es totalmente errada.

Aún cuando no podemos juzgar las intenciones, si podemos juzgar los hechos, y esto es precisamente lo que Dios quiere que hagamos (Rom. 16:17-18), ciertamente cuando la rebeldía caracteriza el proceder, entonces obviamente, no puede existir una *buena intención* (Tito 3:10-11).

A pesar de lo anterior, surgen ocasiones en las cuales, podemos ser tentados a emitir juicio por la *"intención"* que alguien tuvo, pero siempre recordemos que debemos mirar los hechos y juzgar la conducta, no las *"intenciones"* del corazón (Mat. 7:15-20; Jn. 7:24).

El corazón de nuestro prójimo está oculto de nuestros ojos, pero tarde o temprano lo oculto del corazón es manifestado por la propia conducta de la persona: *"Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él"* (Prov. 23:7).

Es fácil deducir, a la luz de las Escrituras, que las *"obras de la carne"* son los frutos del mal corazón (Gal. 5:19-21; Mat. 15:19-20) y el fruto del Espíritu es el fruto del buen corazón (Gal. 5:22-24). Jesús mismo confirma esto, cuando dijo: *"El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas"* (Mat. 12:35).

El apóstol Pablo, amonestó a favor del control de los pensamientos, lo cual cambiará inevitablemente la conducta: *"Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad"* (Fil. 4:8). Pablo, luego señaló su propia conducta, como un patrón para nosotros (Fil. 4:9).

Ya que Jehová mira el corazón, debemos limpiar nuestro corazón para ser bienaventurados (Mat. 5:8). No podemos amar a Dios con todo el corazón, teniendo un corazón dividido o inmundo (Mat. 22:37; Col. 3:23) y este ha de ser sincero (Heb. 10:22) y sobre todo, un corazón sujeto a su voluntad.

Sólo la palabra de Dios puede llegar al corazón para cambiarlo (Heb. 4:12), pero la voluntad del hombre no será vulnerada, es preciso que el hombre esté dispuesto a oír (Hech. 16:14) para que la palabra sembrada fructifique (Luc. 8:15). La palabra de Dios actúa poderosamente en *"los creyentes"* (1 Tes. 2:13) es así como Dios produce el *"querer como el hacer por su buena voluntad"* (Fil. 2:13) cuando permanecemos *"asidos de la palabra de vida"* (v.16).
